

como son ánforas y cuencos trípodas.

Si queremos conocer el mundo indígena en su ámbito funerario, hemos de irnos a la necrópolis de Hoya de Santa Ana, núcleo que tiene su origen hacia el siglo VII a. de C. a juzgar por algunos materiales que aparecen. Se trata de la fibula de pivote, un interesante ejemplar con bolas perforadas a modo de remates. También son de destacar las fibulas de doble resorte que acompañan a urnas funerarias realizadas a mano, claro exponente de la síntesis entre lo que es propiamente local y aquello que proviene del exterior. Las cerámicas ofrecen perfiles de fuerte tradición local y otros que imitan formas nuevas, imitaciones que nos hablan del reducido poder adquisitivo tanto de la persona enterrada y de su entorno, a la vez que se indica el mantenimiento de tradiciones anteriores, tradiciones expresadas en la técnica de realización de estas vasijas.

Otros ejemplos como la frontalera de caballo para su enjaezamiento, procedente de El Lobo, en Lezuza, que señalan la existencia de una élite ecuestre en momentos tempranos de la Cultura Ibérica, o tal vez antes, habla de la extensión del proceso de transformación y cambio de sociedades primitivas a otras más evolucionadas y complejas, en la que la jerarquización está empezando a manifestarse.

Pero es a partir de la segunda mitad del siglo VI a. de C. cuando el cambio adquiere tal envergadura que podemos empezar a hablar de la Cultura Ibérica propiamente dicha. Es el momento en que poblados como Los Almadenes se desocupan en un proceso oscuro y nada conocido, mientras que otros yacimientos como posiblemente El Tolmo de Minateda, Hellín, y el Cerro Fortaleza en Fuente Álamo, adquieren una gran preeminencia y extienden su influencia por su entorno, adquiriendo la categoría de poblados centrales y decisivos en las relaciones económicas de intermediación y producción. Si los poblados son escasamente conocidos, las necrópolis no lo son tanto, ya que conocemos un mayor número de elementos ibéricos antiguos a través de la prospección y los hallazgos fortuitos.

Dichos elementos, de gran categoría, se estructuran en dos grupos principales. Por una parte los que podemos considerar arquitectónicos, y por otra aquellos que se engloban en el campo de la escultura. Entre los primeros cabe destacar monumentos como la torre de Pozo Moro en Chinchilla, que no es la única, sino que existen otras como en Haches en Bogarra y en El Salobral, Albacete t. m.